
Sagrada Biblia. La versión oficial de la Conferencia Episcopal Española

The Bible of the Spanish Bishops Conference

RECIBIDO: 13 DE ABRIL DE 2011 / ACEPTADO: 23 DE AGOSTO DE 2011

Santiago AUSÍN

Facultad de Teología. Universidad de Navarra
Pamplona. España
sausin@unav.es

Resumen: La reciente versión de la Biblia publicada por la Conferencia Episcopal Española es presentada y analizada en este texto. Se comenta la traducción realizada, las introducciones a cada grupo de libros, y las notas que acompañan al texto. Se consideran las opciones tomadas por los especialistas que han trabajado en este proyecto, y se apuntan algunas sugerencias.

Palabras clave: Biblia en español, Antiguo Testamento, Nuevo Testamento.

Abstract: The recent version of the Bible published by the Spanish Bishops Conference is presented and analyzed in this paper. The author offers his views on the translation, introductions to each group of books, and footnotes that accompany the text. He considers the choices made by specialists who have worked on this project and outlines some suggestions.

Keywords: Spanish Bible, Old Testament, New Testament.

Con todos los ingredientes de una publicación extraordinaria ha visto la luz la Sagrada Biblia en la versión oficial de la Conferencia Episcopal Española¹ que, como indica en la presentación su presidente, Card. Rouco Varela, es oficial por tres razones: por haberla encargado expresamente los Obispos españoles, por haberla acogido y aprobado como tal y porque será el texto utilizado en los libros litúrgicos. Estamos, por tanto, ante una versión llamada a ser leída en las celebraciones litúrgicas, en las actividades pastorales, catequesis, asambleas, reuniones de estudio y de oración, etc., y a ser utilizada en los documentos oficiales de los Obispos, catecismos, documentos, instrucciones y cartas pastorales, etc. Se espera que con el paso del tiempo vaya adquiriendo mayor relieve en los estudios teológicos, en todos los ámbitos de la pastoral y, en general, en la vida de la iglesia española. Incluso es de suponer que tendrá enorme proyección en los diferentes círculos culturales. Su aparición es por tanto un acontecimiento especialmente señalado, tanto desde un punto de vista eclesial como cultural. Por este motivo, merece la pena dedicarle una revisión que ponga de manifiesto el trabajo realizado, y valore el resultado que se nos ofrece.

Las publicaciones de la Biblia en lengua vernácula suelen contener, además del texto propiamente dicho, unas introducciones a cada grupo de libros e incluso a cada uno de ellos, y unas notas explicativas para que los lectores, como dice el Concilio Vaticano II, se familiaricen sin peligro y provechosamente con la Escritura y penetren en su espíritu (cf. DV, n. 25). Así sucede en la presente versión de la Biblia que ofrece, fundamentalmente el texto castellano, que a partir de ahora es el texto oficial de la Conferencia Episcopal Española. Con estas observaciones preliminares, dividiremos estas reflexiones en tres partes: la primera sobre la traducción, y las dos restantes –más extensas por ser también más susceptibles de análisis– sobre las introducciones y las notas, respectivamente.

LA TRADUCCIÓN

Como señaló J. M. Díaz Rodelas, secretario del Comité técnico de la Biblia, en la rueda de prensa de la presentación oficial de la Biblia, los criterios seguidos para la traducción han sido tres: «respeto al original, adaptación al

¹ *Sagrada Biblia*. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española, traducción coordinada por Domingo Muñoz León, Madrid: BAC, 2010, 2168 pp., 14 x 24, ISBN 978-84-220-1500-0.

genio de la lengua española y consideración del carácter específicamente sagrado del propio texto de la Biblia y del uso litúrgico a que está destinada una parte no pequeña de esta traducción. Se ha partido de las traducciones litúrgicas actuales, que sólo han sido modificadas cuando ha parecido realmente necesario». (En la conferencia «La Biblia de la CEE, criterios exegéticos y teológicos» que pronunció el día 7 de febrero de 2011 en el Congreso celebrado en Madrid con motivo de la publicación de esta Biblia desarrolló ampliamente los tres).

La traducción, por tanto, es la parte que más se ha cuidado teniendo en cuenta su destino en las celebraciones litúrgicas. Seguramente los autores habrán recibido muchas sugerencias sobre la oportunidad o no de un término o de otro, de una expresión u otra diferente. No es lo que yo me propongo en esta recensión. Únicamente quiero dejar constancia de que, en mi opinión, se ha logrado un texto fluido, fácil de leer, instructivo desde el punto de vista pastoral, pues se han corregido expresiones toscas o demasiado vulgares. En este sentido está especialmente cuidada la traducción del Nuevo Testamento, así como la de los Salmos y, en general los textos contenidos en los leccionarios actuales. (Permitáseme solamente señalar alguna expresión vulgar, como el «¡Quita allá!» de Gen 19,9). No me cabe la menor duda de que esta edición de la Biblia será también un verdadero fenómeno cultural porque contribuirá a forjar el habla y la lengua castellanas. En resumen, me parece que, aparte de detalles concretos, estamos ante un texto magnífico tanto por la fidelidad con los originales, como por la elegancia del castellano empleado.

LAS INTRODUCCIONES

Las introducciones ocupan un espacio proporcionado a la extensión de cada libro, y son autónomas, es decir, no siguen el mismo esquema en la selección de los temas que comentan ni en el modo de hacerlo. Cada una tiene, podríamos decir, personalidad propia. No se dice expresamente quiénes las han redactado, aunque posiblemente los biblistas españoles, acostumbrados a leer la producción literaria de los diversos colaboradores, puedan detectar el estilo característico de sus colegas. Sin ceñirse a un esquema prefijado, todas ellas abordan los elementos clásicos: proceso de composición y redacción, autoría y líneas teológicas o doctrinales. Puesto que cada introducción tiene su propio objetivo y su metodología específica, el juicio que puede hacerse de una no es aplicable al resto.

La introducción al *Pentateuco* contiene un resumen de las investigaciones exegéticas más modernas. La presentación es original y sugerente, si bien supone en el lector bastante familiaridad con la exégesis científica moderna. También el apartado sobre la composición será entendida sobre todo por un lector experto que conoce lo que significa la teología documentaria, el sentido del «proceso espiritual y canónico», etc. La insistencia en el carácter sapiencial del Pentateuco (apartado tercero) también es sugerente porque sitúa en su auténtico valor las doctrinas que vertebran el Pentateuco, a saber: la creación, la liberación de la esclavitud, la alianza como don de Dios y la promesa.

Al exponer la proyección de estos libros en el Nuevo Testamento se contraponen «la interpretación tradicional» como esperanza de un Mesías y «la interpretación crítica» como conjunto de esperanzas variadas. Tratándose de una edición de carácter eminentemente pastoral, es especialmente necesario un lenguaje claro y el esfuerzo por poner de relieve la lectura que ha hecho la Iglesia de estos libros. Por eso, quizás no tiene aquí tanto sentido esa distinción.

Lo que se acaba de decir vale igualmente para las introducciones a cada libro. No es ciertamente fácil lograr un equilibrio entre explicación técnica y teología. En la introducción a Dt es probablemente donde se ha conseguido mejor este equilibrio dejando claro que «el Dt supone prácticamente el centro de la teología bíblica».

Libros Históricos. La introducción a los Libros Históricos explica ampliamente, desde un punto de vista histórico-crítico, las dos posibles redacciones: la deuteronomista de tiempos de Josías y la deuteronomista de época postexílica. Sobre los temas teológicos, se desarrollan los más importantes: además de los datos sobre Dios, se comentan la importancia de la tierra, el templo, la esperanza mesiánica, el profetismo y la ley. La introducción a cada libro los encuadra dentro de la doctrina deuteronomista: la posesión de la tierra relacionada con la adhesión incondicional al Señor (Josué), la fidelidad de Dios con las tribus (Jueces), la esperanza mesiánica fundada en la monarquía (Samuel) y el monoteísmo y el sentido teológico del destierro (Reyes) marcan las características más notables. Es oportuno el tratamiento del *jerem* (p. 299) y de la monarquía (p. 384). Se indica como ejemplo de relectura bíblica el elogio de los jueces (p. 341), y podría haberse hecho algo parecido con la figura de David.

Libros Sapienciales. La presentación de los libros sapienciales (Job, Proverbios, Eclesiastés, Eclesiástico y Sabiduría) es una bella página sobre la sabiduría humana y la sabiduría bíblica. Con sencillez y hondura expone la doctrina sobre la sabiduría, natural y teológica, y encuadra dentro de ella los cinco libros:

el de Job, como la apertura a la dimensión teológica de la retribución, la perspectiva del Eclesiastés como prototipo de escepticismo, la de Prov 1-9 y Eclesiástico como testimonio de la teología de la sabiduría y el libro de la Sabiduría como reflexión entre sabiduría e historia. Tiene en cuenta la «huella imperecedera que esta sabiduría ha dejado en las reflexiones cristológicas» (p. 827), dejando clara la unidad de la Escritura y la relectura de la tradición cristiana.

La introducción de los *Salmos* merece especial atención. Es amplia como exige la extensión y densidad del libro; y a la vez es sencilla y pedagógica, abordando las preguntas importantes que cualquier cristiano se plantea. Tiene especial interés el apartado de «poemas oracionales» y la indicación de que el salterio es el libro más citado en el NT (p. 877). Se ha adoptado la división en familias, por su contenido y no por autores o por cronología. El apartado sobre el texto y la traducción es interesante. Quizás aquí debería subrayarse que la versión del Salterio, el más usado y repetido en la liturgia, es prácticamente igual a la utilizada hasta ahora, dado que muchas de sus expresiones han calado en el pueblo e incluso en el canto. La breve presentación del *Cantar de los Cantares* es ágil y pedagógica.

Libros Proféticos. La presentación de los Libros Proféticos es clara y acierta en la elección de los apartados a tratar; es además interesante al reseñar las investigaciones más recientes, aunque en ocasiones induce a cierta ambigüedad al poner en boca de estudiosos, expertos, exegetas o «analistas socio-religiosos» (p. 1175) hipótesis variadas sin emitir un juicio sobre ellas. Quizás habría que haber subrayado más lo específico del profeta hebreo, así como la teología del mesianismo y la dimensión escatológica que es nuclear en los libros proféticos y que será punto de referencia en el NT.

Las introducciones a cada uno de los profetas mayores tienen cada una sus propias características. La de *Isaías*, siendo complicada, es muy completa, como puede comprobarse, entre otros, por el último párrafo (p. 1187) que resume en pocas palabras el contenido doctrinal de las tres partes de Isaías: la santidad de Dios, la esperanza en una intervención divina y la figura del Siervo del Señor. La de *Jeremías* quizás pretende abarcar demasiados temas en pocas líneas. Como sugerencia, pienso que la expresión «material deuteronomíco» (p. 1280) es menos adecuada que la de «material deuteronomista», habitual entre los exegetas y utilizada en la introducción de los libros históricos (p. 290). La presentación de *Ezequiel* es original y poco común: la idea de que el libro pertenece a la literatura apocalíptica (p. 1392) y que, en consecuencia, ha sido redactado muy tardíamente (en tiempo de Daniel) es una hi-

pótesis sugerente pero, en mi opinión, insuficientemente probada, como para sustentar todo el mensaje de Ezequiel. La introducción a *Daniel* vuelve a un planteamiento más común entre los comentaristas. Está escrita en un lenguaje claro que facilita la lectura. El tema central, señala, es «la esperanza en el advenimiento de una situación en la que reinarán quienes sean fieles a Dios» (p. 1461). Esta esperanza se cumple en Jesús de Nazaret y el mensaje entero de Daniel se actualizará en el Apocalipsis (p. 1461). Queda así resaltada la unidad de ambos Testamentos.

Los Doce Profetas Menores son introducidos con dos o tres páginas cada uno. Tienen un esquema común, aunque los planteamientos son distintos: las introducciones de Oseas y Amós abordan los temas decisivos, la biografía teológica en Oseas, las denuncias en Amós, aunque no se detienen en la alianza o en la soberanía divina. Cabe destacar por su hondura la introducción a Zacarías, en especial al Segundo Zacarías, que con brevedad recoge las características literarias interesantes y la densidad de los temas que trata.

Los Evangelios están presentados con una introducción general a los cuatro y con otra a cada uno. Estas introducciones son homogéneas en el esquema, con planteamiento doctrinal semejante. La introducción general consta de cuatro apartados: Jesús y los Evangelios, Evangelios sinópticos, Evangelio de Juan, y Evangelios y Antiguo Testamento. Señala con brevedad los problemas histórico-críticos que se han planteado en los últimos años y desarrolla con más extensión las cuestiones aceptadas por los expertos, como los pasajes de triple tradición (p. 1604), el sentido del reino de Dios (p. 1605), la especificidad de Juan (1606), etc. Rehúye el lenguaje técnico y prefiere un planteamiento más pastoral y didáctico. Es novedoso y de mucho interés el resumen de la lectura del Antiguo Testamento en los Evangelios.

Las introducciones a cada Evangelio sinóptico tienen el mismo esquema: autor, estructura, teología y relectura del AT. La de *Mateo* recoge sin especial detenimiento los problemas actuales sobre la autoría, la cuestión de las dos fuentes, etc.; no menciona la fuente Q. Dedicar un amplio espacio a los temas teológicos sobre Dios, la cristología, el Espíritu Santo, el reino de Dios, la eclesiología, la escatología y el caminar cristiano (pp. 1608-1610). La introducción a *Marcos* es igualmente catequética, resumiendo la cuestión de autor y composición, y desarrollando ampliamente los mismos temas teológicos sobre Dios, cristología, eclesiología, etc. La de *Lucas* contiene también una breve exposición sobre el autor y composición, y un amplio desarrollo de los temas teológicos, entre los que destaca como específicos la figura de Ma-

ría (p. 1699) y la línea profética de Lucas y Hechos (p. 1701). La introducción a los *Hechos de los Apóstoles* sigue el mismo esquema que la de los Sinópticos.

El cuarto evangelio tiene su presentación específica. En ella se tratan con mayor detalle los temas de autor y composición, así como la estructura. Pero sigue siendo el contenido teológico lo que ocupa más espacio. Describe con sentido teológico «la organización interna de la obra» (p. 1758) en los siguientes apartados: signos, discursos, diálogos o encuentros, expresiones «yo soy», progresiva manifestación de Jesús y la gran manifestación. Son, dice el comentarista, las diversas formas de presentar la persona y obra de Jesús.

El corpus paulino viene precedido de una introducción general amplia, y una específica para cada una de las cartas. La introducción general (pp. 1859-1862) es profunda y, a la vez, pedagógica; explica en el primer apartado el género literario epistolar y, en el segundo, la teología de San Pablo, centrada en Cristo: «Desde Cristo, centro de su fe y de su predicación, pensó Pablo y pensaron sus herederos todos los aspectos del ser y del vivir» (p. 1861). La introducción hubiera sido más completa todavía si hubiera incluido alguna referencia a la incidencia de las cartas en la liturgia y en la vida de la Iglesia. De la *carta a los Romanos* se dice que «es una síntesis llena de fuerza del pensamiento de Pablo, un testamento suyo a todas las generaciones» (p. 1865). Las dos introducciones a las respectivas cartas a los *Corintios* son más bien descriptivas y hacen un resumen de los temas doctrinales con citas del lugar donde se tratan. La presentación a *Gálatas* es sugerente y de gran interés; con brevedad señala que Pablo tiene en cuenta las leyes de la retórica y, al resumir el contenido, pone énfasis, dentro de un estilo polémico, en la centralidad de la persona y la obra de Cristo (p. 1934). Las introducciones a *las cartas de la Cautividad* dedican bastante espacio a explicar que quizás no son de Pablo, pero que sigue siendo una cuestión abierta (pp. 1948 y 1965). En los apartados dedicados al contenido, se señalan resumidamente los temas más relevantes. Es interesante el comentario al himno de Filipenses 2,6-11, definido como «joya teológica» y el himno cristológico más notable del Nuevo Testamento (p. 1957). Las introducciones a *1-2 Tesalonicenses* aluden a las hipótesis de los exegetas modernos, tanto respecto al tiempo de composición como a la división (p. 1973). Las *Cartas Pastorales* vienen presentadas con una única introducción, dado que las tres, *1 y 2 Timoteo* y *Tito*, están muy relacionadas en el tiempo de composición y en los temas que abordan. Con acierto se señala quiénes son los destinatarios y el ambiente que reflejan. Es especialmente acertada la explica-

ción del género literario y el resumen de los temas tratados. La brevísima presentación de la carta a *Filemón* explica con sencillez el mensaje, «las disposiciones interiores de quien quiere vivir como cristiano» (p. 2004). La introducción a *Hebreos* recoge sucintamente las opiniones sobre autoría, composición y contenido. Dentro de su brevedad señala los elementos más significativos e indica que es «el escrito teológico más importante del Nuevo Testamento» (p. 2009).

Las Cartas Católicas vienen precedidas por unas líneas que justifican el orden de las mismas en el Canon más una introducción a cada una de ellas. En la de *Santiago* se señala que lo propio de la carta es advertir el peligro de la religiosidad judía: palabra, ley y fe se convierten en una farsa si les falta espíritu cristiano. Se le atribuyen a Santiago frases recogidas «en la fuente Q» (p. 2028), fuente que, como hemos indicado, no se ha mencionado en ninguna de las introducciones a los Sinópticos. La presentación de *1 Pedro* recoge en síntesis el tema principal, el sufrimiento y pasión de Cristo, como clave central de la carta. Al introducir la *2 Pedro* se indica que tiene como objetivo mostrar en qué sentido había que contrarrestar la labor de los «falsos maestros». Las tres cartas de Juan han merecido sendas introducciones que, además de los puntos doctrinales más específicos, marcan las pautas a seguir para vivir la caridad y la unión con Cristo. La de *Judas* hace hincapié en la relación que tiene con *2 Pedro* sobre todo en el carácter salvífico de la fe.

La introducción al *Apocalipsis* es amplia y minuciosa. Con lenguaje pedagógico va desgranando los elementos específicos, tanto en el aspecto literario (lenguaje, simbolismo) como en el teológico (doctrina sobre Cristo, sobre Dios, sobre el Espíritu Santo y sobre la Iglesia). Es una buena guía para el lector que se asoma a este libro tan alejado de nuestra mentalidad. Termina con unas líneas adecuadas en las que da las claves de lectura del Apocalipsis.

LAS NOTAS

El número de notas explicativas a pie de página, su extensión y su distribución a lo largo de los libros estaba proyectado (aproximadamente el veinte por ciento del texto a comentar) como adecuado para una Biblia como esta, dirigida al público en general. Como comentó el Presidente de la Comisión técnica para la traducción de la Biblia de la CEE, se habían planeado dos clases de notas, unas de crítica textual para justificar la lectura adoptada, otras de carácter teológico-pastoral.

Como sucede con las introducciones, en cada libro las notas son diferentes en su número y en su orientación. En general, las del Antiguo Testamento parecen más especializadas, cargadas de datos científicos de crítica literaria, y las del Nuevo son más sencillas y pedagógicas, y con mayor densidad doctrinal. Quizás deberían estar más presentes las referencias que desde diversos pasajes del AT se pueden hacer al NT (por ejemplo, hubiera sido deseable una referencia a Lc 1,32 a propósito de 2 Sm 7; a Mt 2,6 a partir del Miq 5,1; o a Mt 12,39 al anotar el libro de Jonás).

Las notas del NT cuidan mucho más los aspectos teológicos y la unidad de la Escritura o, como explicó Muñoz León en la presentación solemne de esta Biblia (Madrid, 7-9 febrero, 2011), son de carácter teológico-pastoral en lugares de particular importancia. Sólo unos ejemplos: Mt 2,1-12, sin detenerse en el tipo de relato, señala que «sintetiza la teología de Mateo». Mc 1,8 y 1,11 reconocen que Jesús es proclamado como Siervo, Profeta, Mesías e Hijo amado y único de Dios. Lc 19,29-40 resume en dos líneas el sentido de la entrada en Jerusalén y el cumplimiento de la profecía de Zac 9,9. Las notas al Prologo de San Juan, especialmente a Jn 1,14, ponen de relieve la unidad de la Escritura y mencionan la herejía docetista contraria a la encarnación. Algo parecido se puede decir de las notas al Corpus Paulino y al resto las cartas. Por referir alguna: Rom 8,15, en su brevedad, es atinada sobre la filiación divina; 1 Co 11,26 subraya con acierto los elementos teológicos de la Eucaristía; las notas a los himnos cristológicas (Flp 2,5; Col 1,15,20; 1 Tim 6,13; etc.) explican bien la teología sobre la persona de Jesús. Las de Heb explican el sacerdocio y el sacrificio de Cristo con sencillez y hondura, por ejemplo Heb 9,11; 10,6.14; etc.

Las notas al *Apocalipsis* que, de suyo, encierran más dificultad, explican con acierto el libro en una dirección, pensando en la «esperanza de la Iglesia». Sólo una sugerencia: el capítulo 12, que habla sin duda de la Iglesia, se ha aplicado también en la tradición cristiana a la Virgen. Las notas a los dos últimos capítulos, por su parte, están cargadas de sentido y recogen perfectamente la novedad de la venida de Cristo y la esperanza definitiva de los cristianos.

Finalmente, se debe hacer un comentario sobre las siglas y abreviaturas de los libros de la Biblia. Se iban imponiendo las de la Biblia de Jerusalén porque fueron adoptadas por el *Catecismo de la Iglesia Católica* y, sobre todo, por los libros litúrgicos usados hasta ahora. La Biblia que aquí comentamos ha optado por unas nuevas, semejantes a las de la antigua edición de Nácar-Colunga con algunas variantes. Si se supone que estas abreviaturas serán las que usen

los libros litúrgicos y los documentos oficiales de la CEE, debería tenderse a una mayor simplificación. En concreto, los acentos (Éx, Crón, Gén, etc.) perturban bastante porque ni en latín ni en inglés se usan; por otra parte, muchas vocales pueden suprimirse: así como se ha generalizado Mt, Mc, Lc y Jn, se puede ir apoyando Dn, Flp, Hb, Jb, Jdt, Jr, etc. Los libros del Eclesiastés y del Eclesiástico parece correcto que aparezcan con la denominación de la Vulgata (Ecl y Eclo, respectivamente).

El índice litúrgico es un buen acierto por su claridad y facilidad de manejo. Asimismo los mapas son muy útiles para situar los episodios de la historia de la salvación.

El lector, finalmente, debe ser consciente del ímprobo trabajo que ha sido necesario y ha hecho posible esta edición de la Biblia. La colaboración de todos los que han participado en su elaboración ha dado un resultado que marcará, sin duda, un hito importante en la vida litúrgica y pastoral de la Iglesia en España.